

futuro— a la reciente aplicación a las tareas diagnósticas de las técnicas informáticas y no solamente en lo referente a la utilización de ordenadores para el tratamiento de los datos clínicos, sino y sobre todo por el nacimiento de una inferencia informática centrada en la aplicación de modelos logicomatemáticos basados en el cálculo de probabilidades y en la teoría de juegos, en tareas de diagnóstico clínico.

Como colofón y síntesis de su estudio, el autor aborda —como dijimos— la tarea de configurar una Teoría general del Diagnóstico Médico desde la doble perspectiva en que le permiten instalarse su indagación histórica y su estudio de las circunstancias en que actualmente se realiza este aspecto de la praxis clínica. Partiendo de un riguroso análisis fenomenológico de su realidad, pasa cuidadosa revista a los diversos problemas de tipo epistemológico, técnico, lógico, psicológico, sociológico y ético que plantea. Su resultado final es una concepción de gran amplitud y coherencia que puede constituir un obligado marco de referencia en que pueden instalarse tanto el trabajo clínico como cualquier investigación dirigida unilateral y específicamente a explicitar uno de estos aspectos.

Junto a su importante y oportuna contribución al esclarecimiento conceptual de un área de la Clínica que hoy se nos plantea como especialmente problemática, esta obra de Laín Entralgo supone además una nueva verificación de una de las tesis centrales de la producción científica de su autor: la demostración de que el saber histórico-médico es un imprescindible camino de investigación que se abre a la Medicina actual —junto con los otros métodos de indagación científica— para poder resolver muchos de los enigmas que enfrenta. Resulta significativo a este respecto señalar que el destinatario principal de esta obra sea —en la intención del autor y en el interés de su contenido— el Médico clínico, que encontrará en ella junto con el reflejo de la descripción de los problemas que enfrenta cotidianamente una importante ayuda para que suscitando su propia reflexión pueda resolverlos con mayor eficacia.

JOSÉ M.^a MORALES MESEGUER

BYNUM, W. F. and NUTTON, V. (Eds.), *Theories of Fever from Antiquity to the Enlightenment*. London: Wellcome Institute for the History of Medicine, 1981, 154 págs.

Con el presente volumen, la prestigiosa revista *Medical History* inicia la publicación de una serie de monografías de Historia de la Medicina bajo el título general de «Supplements». Con ello, continúa una vieja y prestigiada tradición en las revistas históricas e historicomédicas, cuyo ejemplo anglosajón más próximo fueron los «Supplements to the Bulletin of the History of Medicine» que inició Henry S. Sigerist en 1943 publicando la célebre monografía de Ludwig Edelstein, *The Hippocratic Oath: Text, Translation and Interpretation*. Recuerda también la serie alemana «Beihefte zu Sudhoffs Archiv für Geschichte der Medizin», que se inició en 1961 con el trabajo de Heinrich Schipperges, *Ideologie*

und Historiographie des Arabismus, y en la que hasta el momento van publicados 23 volúmenes. A la revista de los primeros autores y títulos de la nueva serie que ahora aparece, no cabe la menor duda de que la empresa iniciada no es menos importante que las dos anteriores, y que está llamada a tener una repercusión de primer orden en la historiografía médica mundial.

El primer volumen, dedicado a la historia de la fiebre desde la Antigüedad hasta la Ilustración, recoge trabajos que en parte fueron presentados al Simposio celebrado en junio de 1980 en el Wellcome Institute for the History of Medicine, y que, tras las discusiones del simposio y las consecuentes investigaciones de sus autores, aparecen ahora en forma definitiva. He aquí el índice de autores y trabajos de esta monografía: WESLEY D. SMITH, «Teoría implícita en la fiebre en *Epidemias* 5 y 7» (pp. 1-18); IAIN M. LONIE, «Patología de la fiebre en el siglo XVI: tradición e innovación» (pp. 19-44); DON G. BATES, «Thomas Willis y la literatura sobre las fiebres del siglo XVII» (pp. 45-70); ANDREW CUNNINGHAM, «Sydenham frente a Newton: la disputa de Edimburgo sobre la fiebre de la década de 1690 entre Andrew Brown y Archibald Pitcairne» (pp. 71-98); JOHANNA GEYER-KORDESCH, «Las fiebres y otros tópicos: exposiciones médicas holandesas y alemanas entre 1680 y 1730» (pp. 99-120); DALE C. SMITH, «Ciencia médica, práctica médica y el concepto emergente de tifus en la Inglaterra de mediados del siglo XVIII» (pp. 121-134); y, en fin, W. F. BYNUM, «Cullen y el estudio de las fiebres en Inglaterra, 1760-1820» (pp. 135-147).

Este somero repaso del índice muestra claramente la importancia de la monografía, pero también sus limitaciones. De resaltar ambos aspectos se ocupan W. F. BYNUM y V. NUTTON en la «Introducción» que abre el volumen. Acostumbrados en los últimos siglos a ver en la fiebre un mero síntoma, olvidamos con demasiada frecuencia que en la medicina antigua no fue síntoma sino enfermedad, especie morbosa; más aún, el género a las fiebres resultaba ser el más importante de todos, ya que éstas tenían como característica fundamental el ser enfermedades generales, que invadían al hombre desde la cabeza hasta los pies. Ni las enfermedades locales, ya fueran de miembros similares o disimilares, ni las enfermedades por solución de continuidad osaban disputar el lugar de primacía a las fiebres, enfermedades debidas a la corrupción de los espíritus (efímeras), de los humores (pútridas), y de las partes sólidas (hécticas), y por tanto más básicas y generalizadas que las demás. Por todo esto, el estudio de la doctrina de las fiebres es fundamental para la comprensión de la patología y la medicina antiguas. Y sin embargo, como apuntan los editores, la historiografía lo ha considerado tema difuso y difícil, dedicándole muy poca atención. Difícil ciertamente que lo es, ya que pone a prueba todos los recursos del historiador, tanto a nivel de la historia de ideas como en el orden de la historia social y práctica. «Lo que los médicos trataron no fue simplemente un constructo intelectual. De ahí que el estudio de la fiebre y las fiebres en su contexto envuelva una gran variedad de técnicas y fuentes complementarias, y que los autores y los editores sean igualmente conscientes de las lagunas de su trabajo. Pero sin embargo, creen que esta colección, tomada en su conjunto,

otorgará al lector las líneas maestras imprescindibles para el entendimiento de este complejo tema y, a la vez, revelará algunos de los problemas que plantea la investigación de una cuestión médica particular en un cierto número de sociedades diferentes» (p. lii).

Especialmente interesante me parece el trabajo de Lonie, sobre el que deseo hacer algunos comentarios. Durante el siglo XVI se escribe y polemiza mucho sobre las fiebres, y se abren vías que serán muy fecundas, pero, como dice el autor, estas discusiones no penden del vacío, son la prolongación de las discusiones medievales. ¿Cuáles fueron éstas? La máxima laguna del libro que comentamos está, quizá, en la poca atención que se ha concedido al período medieval. Durante la Edad Media también se discute apasionadamente el tema de las fiebres y se establece una pugna evidente entre tradición e innovación. La tradición se halla representada por la doctrina galénica de la fiebre, tal y como se halla expuesta en el tratado galénico *De differentiis febrium*. Este tratado gozó de una gran estimación entre los comentaristas alejandrinos, que lo introdujeron en la lista de dieciséis libros en que debía basarse la enseñanza escolar. A la altura de la segunda mitad del siglo VII, la doctrina de Galeno sobre las fiebres es ya canónica en la medicina medieval. En la *Isagoge Ioannitii*, en mi opinión un texto alejandrino de esa época, el estudio de las fiebres ocupa el primer lugar en el capítulo de las *res contranaturales*. Su doctrina es un magnífico resumen del tratado galénico *De differentiis febrium*. En todo este libro, Galeno da por supuesto que la fiebre es un «calor contranatural». La *Isagoge* establece, a partir de ahí, la definición canónica: «La fiebre es un calor innatural que excede el curso de la naturaleza, avanza del corazón a las arterias y daña por su propio efecto.» Esta definición es el resultado de una larga serie de comentarios alejandrinos, y fue la base de la doctrina «tradicional» a todo lo largo de la Edad Media. Su simple lectura tal y como se halla en manuscritos tardomedievales latinos, nos demuestra que planteaba graves problemas, y que en cualquier caso era todo menos indiscutible e indiscutida. La frase «que excede el curso de la naturaleza» tiene todas las características de una glosa tardía que, como siempre sucede, no tiene una función exclusivamente explicativa, sino también interpretativa. *Calor innaturalis* se opone al «calor innato» o «calor implantado» que tiene el ser vivo y que es uno de los componentes fisiológicos de la vida. Al ser distinto de ese calor natural, el calor de la fiebre es no natural, antinatural, patológico. La glosa sabe todo esto, pero intenta matizarlo redefiniendo la fiebre como un calor «que excede el curso de la naturaleza». Sigue tratándose, obviamente, de un fenómeno innatural y patológico; pero ahora la diferencia entre el calor fisiológico y el patológico no es cualitativa sino meramente cuantitativa. El matiz puede parecer insignificante, pero supone un gran avance que está en la base de las concepciones modernas de la fiebre y en los intentos de su cuantificación. Influido por esta mentalidad renovadora, Avicena, que compuso en el primer fen del libro cuarto del *Canon* uno de los textos sobre fiebres más leídos en la Edad Media, no habla ya de calor innatural sino de «calor extraño o extrínseco», un término que, como señala Lonie, se introdujo en la discusión de las fiebres por influencia de Aristóteles, quien en *Meteorologica* 4 define la *sepsis* como «la destrucción del calor natural de un cuerpo húmedo por

un calor externo a él, es decir, el calor del medio externo». Este calor externo es en sí natural, si bien al unirse en el hombre al calor innato produce un aumento cuantitativo tal que le hace cambiar de cualidad, tornándole innatural o patológico. Tal es la opinión de Averroes: la fiebre es «calor compuesto tanto de calor natural como de calor extraño y pútrido, enviado por el corazón a todo el cuerpo, y que altera en todo él las acciones y pasiones... Es una transformación del calor natural en cantidad y cualidad, que provoca funciones no-naturales en el cuerpo...». En esta línea están Pietro d'Abano (*Conciliator*, diff. 87) y toda una larga serie de médicos bajomedievales. Su culminación se halla, como muy bien expone Lonie en su trabajo, en autores del siglo XVI, y concretamente en Gómez Pereira, que ataca implacablemente a los que denomina *sectatores Galeni*, y para quien no hay diferencia específica entre calor natural y calor preternatural. Carecemos, desdichadamente, de una buena monografía sobre Gómez Pereira. Pero de lo que no hay duda es de que en él culmina toda una línea renovadora que se abre paso dificultosamente a lo largo de la Edad Media. En este tema de las fiebres, como en otros muchos, es casi imposible entender la actividad intelectual del siglo XVI, sobre todo la española, sin una continua referencia a la Edad Media. Afirmar esto no resuelve problemas, más bien los plantea. El más importante de los cuales es, probablemente, la falta de un estudio riguroso del tema de las fiebres en la medicina medieval. Esperemos que investigaciones de la calidad de las aquí comentadas suplan pronto esta grave deficiencia.

DIEGO GRACIA

SIRAISI, Nancy G. (1981), *Taddeo Alderotti and His Pupils. Two Generations of Italian Medical Learning*, Princeton, Princeton University Pres, 461 págs. [no consta precio].

He aquí un libro importante, cuya lectura y estudio me apresuro a recomendar. Siraisi, discípula de Pearl Kibre y, en la actualidad profesora en el Hunter College de la City University de Nueva York, fue conocida, aparte de otros artículos, por su libro sobre las Artes y las Ciencias en Padua con anterioridad a 1350 (Toronto, 1973).

La presente obra está centrada en Taddeo Alderotti (c. 1206-15- a 1295), sin duda alguna, una de los médicos universitarios más interesantes de la baja Edad Media cristiana. Su trabajo científico transcurrió en Bolonia, donde desplegó una intensa actividad como médico, profesor y autor de obras médicas. Comenzó su labor docente en los años 60. Su éxito profesoral fue determinante para convertir a Bolonia en un centro médico de importancia decisiva en el Occidente europeo, además de ya serlo en el campo de ambos derechos. Sobre el cañamazo de la metodología científica de Aristóteles, introdujo definitivamente la *Articella* en la enseñanza médica del Norte de Italia y sentó las bases de la introducción del rico *corpus* de obras de Galeno y los árabes (especialmente Avicena y su *Canon*), transmitidas a Occidente en el siglo XII, pero todavía no asimiladas o incorporadas al *syllabus* ordinario de las jóvenes facultades de